

que no llegarían jamás á igualar ninguno de los habilidosos contrapuntistas de la escuela moderna.

Cesó la armonía alada, y siguió la oración sencilla. Adelaida deslizaba entre sus sonrosados dedos un rosario de concha nacar, y en los arranques sublimes de una plegaria ferventísima, llena de súplicas y cargada de amor y de ternura para la Virgen Madre, pronunciaba nuestros nombres con los labios trémulos por la unción y la piedad, y dulcemente apoyados sobre las cuentas del rosario. Luego, al concluir, guardó un profundo silencio; se abismó en el perfume arrobador de la oración mental, nutrida con todas las aspiraciones vírgenes de su espíritu verdaderamente creyente, y con todas las vehemencias del corazón castamente enamorado: ¡Era la deprecación del ángel de la tierra al Padre Celestial, Dispensador Único de las dichas del amor del alma en el universo!

A su lado oré también, como nunca más he orado ya en mi vida: con toda el alma! . . . .

## XVI.

Otra tarde; una tarde, como de primavera tropical, vaporosa, azul y tibia, Adelaida había acompañado en un paseo á las orillas de la población, á unas parientas nuestras, ya lejanas, aristócratas de provincia, especie semihuraña y semilevantisca de seres engreídos con el abolengo y las rancias fatuidades de la cuna, especie que por fortuna va siendo cada día más rara y de la que no es fácil ya encontrar sino uno que otro ejemplar, acurrucado á manera hurón, en las poblaciones más alejadas del bullicio y de la cortesanía de la vida moderna. Esas nuestras parientas, poseían una quinta, estilo castillo señorial, en los suburbios de Autlán, y á dicha quinta no penetraban personas extrañas, sin invitación expresa. Era muy sabido que allí se cultivaban las flores más delicadas y se producían las frutas mejores de toda la comarca. Una invitación, pues, para traspasar los umbrales de aquel vedado retiro, era siempre acogida con beneplácito y con alborozo, máxime cuando la población no tenía otro sitio que sirviera para solazarse ó de recreo á las familias.

Adelaida no tuvo ocasión de avisarme anticipadamente su paseo, porque lo supo hasta en la misma tarde y momentos antes de partir. Pero concurrió alegre y festiva, porque sabía mi cordialidad con nuestras parientas que eran sus acompañantes, y porque iba á sorprenderme con unas hermosas y fragantes rosas cortadas para mí por sus seductoras manos. Yo ignoraba todo esto, y no bien sonó en el templo parroquial el toque de la oración, cuando me encaminé ansioso hacia su morada.

La bruma empezaba á manchar el horizonte, y la noche se venía á gran paso sobre la tierra. En los cielos iban encendiéndose las estrellas más brillantes, distinguiéndose entre otras, Arturo, de áureos reflejos, Vega, tan blanca como pura, los siete astros de la Osa

Mayor, y varias constelaciones zodiacales. Vésper, esa radiante estrella de la tarde, cuyo brillo supera al de los demás astros, y la que los egipcios llamaban *el ave celeste de la mañana y de la tarde*, los indios *la brillante* y los árabes *Zohra*, esplendor del cielo, centelleaba con incomparable hermosura hacia el Ocaso.

Media cuadra antes de llegar á la casa de mis primas, encontré á uno de mis amigos más íntimos, joven acomodado y de regular posición social; por lo mismo, otro candidato posible á la mano de Adelaida. No sabía á ciencia cierta los lazos que ya unían mi corazón y el de mi bella prima; pero con la suspicacia del que se ve suplantado, los sospechaba sin disimulo alguno, no perdiendo la ocasión para escudriñar, para tratar de inquirir la certeza completa de un triunfo que envidiaba como el que más. Así es que al encontrarnos, sin otro preámbulo, me aventuró esta venenosa antítesis:

—La tarde ha estado muy clara, pero aún la situación permanece oscura. Lo digo á propósito de tu encantadora prima. Hoy la he visto más hermosa que nunca; sí, divina, angelical, incomparable. Venía de paseo según presumo, y haciendo ostentación y gala de sus hechizos, avergonzaba con el color de sus mejillas un ramo de nacaradas flores que de vez en cuando llevaba hasta su ambrosina boca. Me huelen esas rosas á galán incógnito. . . . . quién sabe, tal vez en el paseo las recibiría de manos de su preferido. . . . . ¿no opinas como yo?

¿Qué sentí al escuchar la necia charlatanería de aquel torpe y maligno hurgador? . . . . . ¡Un áspid en el corazón; angustias en el alma; deseos de gritar, de reñir, de despedazar con rabia y con satánico furor! . . . . . ¡Cielo santo! . . . . . aquel aguijón terrible era la segunda picadura de la víbora infernal de los celos! . . . . .

No sé ni que le contesté, ni quiero tampoco recordarlo. Me libré como pude de su fatal presencia y seguí mi marcha; pero no ya tranquilo y con la luz de la dicha en la conciencia, sino sombrío y taciturno, con la punzante espina de la desesperación en el alma.

Tenía razón el que dijo, que el amor es el verdugo de sí mismo. Torpe y ciego, volví á abrirme yo mismo la enconosa herida; volví á dudar y sentí cruel, ardiente, fatal é invencible, la necesidad de *saber*. ¿Qué? Toda la verdad por amarga que fuese. Era preferible el dolor de mi herida ensanchada, envenenada, quizás mortal, á la inimaginable tortura de la duda. Saberlo todo tal vez sea un dolor, pero también es un gozo nefando: es la cruel voluptuosidad de la ira, de la desesperación y de las lágrimas.

Adelaida y Arabela estaban sentadas por fuera del zagúan, costumbre patriarcal de todos los pueblos humildes, y como de ordinario al verme llegar se pusieron de pié, adelantándose á mi encuentro. Mi malestar era tan grande, que ambas, pero principalmente Adelaida, conocieron en seguida que algo raro pasaba en mi interior. Me trajeron una silla, y en esos momentos salieron á saludarme Laura y Malvina, quienes se encontraban en el patio de la casa.

Todas tomaron asiento á mi derredor, y cuando la conversación tomó su curso, Adelaida, con suma impaciencia, me dijo:

—¿Qué tienes? . . . —¿por qué te veo tan serio y tan raro? ¿Estás enfermo? . . . ¡Oh! . . . ¡Díme por favor lo que te pasa!

—No es nada—le contesté—y quise dar un sesgo distinto á la conversación; pero ella insistió:

—No, yo no te he visto nunca así. No me engañes. Tú me ocultas algo, y tú me has enseñado á ver con claridad en lo más íntimo de tus afecciones, ¿verdad?

—Sí; y así debe ser. Pero ahora. . . . .

Y me detuve porque todas estaban pendientes de mis palabras.

—Pero ahora—continué—tengo una ligera contrariedad que más tarde les explicaré.

Y por lo bajo añadí: “espera.”

Comprendió al punto mis intenciones y guardó silencio. Pero entonces, todas se pusieron mustias y graves, y nuestra entrevista perdió aquella noche el carácter jovial y ruidoso que tomaba el infantil candor de mis primas en contacto con mi alegría y natural familiaridad. Me sentía de tal manera obsesionado por una zozobra mortal, que inutilmente luché conmigo mismo para dominar mi pena y aparecer ante ellas con la serenidad habitual.

Transcurrieron los instantes, y, aquella vez, como nunca, lentos y tediosos á su lado. Me puse en pié para retirarme, y entonces Adelaida dijo á Arabela:

—Mira, sobre mi mesa de noche dejé unas flores, en un vaso con agua. Dámelas; ya sabes que las traje para él.

Nunca profería mi nombre cuando en presencia de todos tenía que dirigirme la palabra ó se trataba algo de mí.

Arabela, penetrada del pensamiento de Adelaida, y bajo el pretexto de que la acompañasen, porque tenía miedo, pues las habitaciones estaban oscuras todavía, se introdujo llevando consigo á Laura y á Malvina. Quedamos, pues, Adelaida y yo, solos un instante.

—Díme, dueño mío, ¿qué tienes?—prorrumpió con ansiedad suma.

—No lo sé, en verdad—le contesté.—Siento ganas de morir; de no haber nacido; de no haberte conocido; de que no me hubieras amado nunca. . . . .—Y el llanto ahogó mi voz.

La sangre refluendo súbitamente sobre el corazón robó el color á sus mejillas y el calor á sus manos hechiceras. La ví, á la indecisa luz de las estrellas, temblar con crispamientos nerviosos, y se inundaron de llanto sus ojos divinos, aquellos astros de mi dicha que jamás había imaginado fuesen nublados por la bruma salobre de las lágrimas. Y esas lágrimas, que todavía no habían aprendido á correr por entre sus negras pestañas, eran las primeras que veía su alma sensible sobre nuestro mútuo amor.

En tanto anohecía; comenzaban á fundirse entre las primeras sombras, los últimos destellos del crepúsculo. Serían la siete. La atmósfera estaba luminosa y serena. Toda la bóveda celeste, aun-

que bañada por la soberbia radiación sideral, aparecía en aquellos momentos cerúlea, casi negra por el contraste con la deslumbradora claridad del sol que acababa de transponer el horizonte, ó quizás, más bien por simpatía con las nebulosidades de mi conturbado espíritu. Las constelaciones circumpolares de aquella zona celeste, resplandecían ya con maravillosa intensidad, y sobre el zenit brillaba esa admirable agrupación de soles de las de el León, Perseo y Gemelos.

Estábamos de pié, y atrayéndome dulcemente, me dijo:

—Inexplicable es tu malestar; pero dime, ¿quién lo causa?

—¡Tú!

—¿Yo? Y cómo, ¡Dios Poderoso!

—Porque no me amas sólo á mí y con toda la fuerza infinita de tu alma!

—Sí! . . . . . y mil veces sí!!!—me dijo con arrobamiento y con ternura, y adquirió su rostro una palidez hierática é indescriptible.

Nada más pudimos hablar porque volvió Arabela, trayendo el consabido ramillete de fragantes rosas. Adelaida lo tomó entre sus manos y lo acercó á su rostro para saturarlo con su aliento. Era la casta manera de mandarme en un objeto preferido el impalpable beso de su alma. Arregló en seguida, con delicadeza, las rosas, pues tenía un gusto especial en la manera de formar un ramillete; sabía componer en notas de color la sentida rima de los afectos. Puso al lado de unos príncipes rojos, entreabriendo sus corolas, varios ejemplares del clavel sanguíneo: la alegría y el color de la sangre que es la vida; luego les unió artísticamente la nívea copa de una azucena, henchida de esencias, y algunas fragantes corolas del jazmín de nieve, emblemas de la pureza y del amor, y enlazó todo, como con un signo de esperanza, con las hojas de esmeralda del geranio de aroma oriental y embriagador. Esa larga operación, tenía su objeto: retardar mi partida, y referirme entre tanto, de manera pormenorizada, dónde y cómo había escogido para mí aquellas mensajeras de su amor dulcísimo. Al fin, las puso en mis manos, diciéndome con una voz trémula todavía por la emoción; pero con elocuencia verdadera, nacida del fondo sublime de su pecho amante:

—Les encargo que con su perfume disipen la influencia del ma que te devora. ¡Ojalá me obedezcan! . . . . . Ya me lo dirás *mas tarde*.—Y recaló estas palabras para hacerme comprender que me esperaba más noche.

—¿No es verdad?—concluyó.

—Sí, le contesté inconscientemente.

Cambiamos un apretón de manos, uno de esos apretones que son como un compromiso, como una firma puesta al pié de un convenio, y me separé de su lado, triste y gozoso, pensativo y contrariado.

No acudí á la cita; había demasiadas sombras en mi cerebro; mucha amargura, infinita, en mi pobre alma!

## XVII.

¿Qué pasó al día siguiente? Lo dirá con mayor exactitud y claridad este fragmento de mi *diario*, escrito en aquellos días de gloria:

30 de mayo.

¡Era injusto con ella! ¡Su corazón es puro, ingénuo, sencillo y me pertenece por entero! Acabo de verla: aún la envolvía la poesía del dolor. Y las lágrimas que la hicieron verter anoche mi crueldad y su angustia, habían dejado su huella en aquellos ojos bellos y después tan desolados y tan tristes. ¡Qué grito de alegría y de suprema ternura ha lanzado al verme! ¡Con qué dulce anhelo ha cogido mis manos entre las suyas! ¡Cómo brillaba el amor en sus radiantes pupilas, interrogando mudas, en su elocuencia sublime, las causas de mi zozobras y de mis caprichosos temores! ¡Con qué ímpetu salían de sus dulcísimos labios, atropellándose, las palabras investigadoras de mi rara conducta observada anoche! ¡Cómo, en fin, con efusión vivísima me abrió de par en par el santuario de su corazón! . . . . No he querido más explicaciones; ni eran necesarias: las almas tienen su lenguaje místico, y el mejor intérprete del amor se revela en el fuego magnético de una mirada límpida y sincera.

Se sentó á mi lado, en una silla bajita; abandonó sus hechiceras manos entre las mías, y permanecimos en esta postura mirándonos y sin desplegar los labios, por más de una hora. Entre tanto, Arabela, desde la pieza inmediata, cuidaba de que nadie se acercara á interrumpir nuestra amorosa entrevista.

Cuando la atraje hacia mi seno, para despedirme

—Estas son—me dijo, con acento expresivo y cadencioso—los momentos más felices que he pasado en mi vida.

—¡Y los míos!—le repliqué conmovido.

¡Ah! ¡Dichosos instantes aquellos! ¡La confianza en todo: la juventud en la frente, las ilusiones y las esperanzas en el alma y el amor y la fe en el corazón!

## XVIII.

La víspera del día en que iba á cumplir d'esciseis años, estuvo muy atareada, terminando un primoroso vestido de muselina de se-

da, rosa pálido, con adornos de vaporosos encajes y con cintas y moños de listón rosa subido: su estreno, porque iba á comulgar, dándose á sí misma la mejor cuelga que su alma virgen podía apetecer.

Desde muy temprano se atavió con suma elegancia y coquetería; rodeó su cuello, blanco como la nieve, con unos gruesos hilos de coral *espuma de sangre*, y de coral eran también sus pendientes y las pulseras que ceñían sus brazos ebúrneos y delicados como asas de una ánfora alabastrina. Deslumbraba positivamente de candor, de hermosura y de pureza, bajo el tul flotante de su traje de desposada del Señor; y no habría habido profanación ninguna si sobre su escultórica cabeza se hubiese buscado entonces el nimbo de celeste luz con que el divino Rafaél envuelve la rubia cabellera de sus Concepciones inmortales, porque su rostro sereno tenía una inexplicable y original expresión de beatitud sobrenatural. En una palabra; un encanto inmenso reinaba en ella.

Yo, adivinando el móvil que preponderó en su espíritu para la elección de tan exquisito adorno en su persona, le llevé al amanecer, un ramo de capullos de esencia (fragantísimo rosal color de sangre) y nardos, y al ponerlo en sus manos le dije:

—Hé aquí mi ofrenda para la feliz desposada de Cristo. . . . .

Sonrió con la inefable satisfacción del ángel de la ventura, que tiene la seguridad de inundarnos el alma de dicha, y, me miró con insistencia, pues no creía que hubiese acabado de externar mi pensamiento. Cogió las flores tembando de emoción y de alegría; las llevó á sus purísimos labios, y escogiendo después algunas de las más hermosas, las unió y presentándomelas, me dijo:

—Tú sabes donde han de quedar mejor. . . . . Quiero llevarlas al Altar para que después vengan á contar mi felicidad á *su dueño*.

Y dijo estas últimas palabras bañando mi rostro conmovido con el fuego amoroso de su ardiente pupila y con el aliento ambarino de su boca pura.

Tomé las flores; me acerqué á ella, y con mano convulsa prendí el ramillete gentil en su agitado seno.

Una hora más tarde, se acercaba meditabunda y reverente, á recibir el manjar eucarístico. . . . .

¡Silencio: la comunión de una virgen va á dar principio! Prosternémonos ante acto tan magestuoso, tan incomparable y tan solemne, á fin de no turbar con una atención sacrílega esa unión mística del alma con su Creador! . . . .

Lector, cierra el libro y espera.

## XIX.

Salió del templo radiante de júbilo y de belleza, y al pasar junto á mí, que la esperaba en el atrio, me miró de una manera singular é

hizo con su delicada mano un imperceptible movimiento que yo solo comprendí. Me llamaba á su lado.

A pocos instantes, me dirigí á su casa, y al poner el pié en los umbrales, Adelaida salió á mi encuentro, y antes de que nadie se percibiese de mi llegada, quitó las flores todavía frescas que yo había colocado en su pecho, y entregándomelas, me dijo con enamorado acento:

—Tú sabes muy bien porque quiero que las conserves; en prenda de nuestra felicidad: Dios se ha dignado venir hoy á mi pecho, y tú y El lo habitan ya en santa paz y por completo.

No hallé palabra propia y soberamente pura con qué replicar á su elevado pensamiento. Me acerqué, pues, hasta tomar entre las mías una de sus aristocráticas manos é hice una señal, tal vez presuntuosa, pero ingénua, de afirmación silenciosa.

Al penetrar en la sala, ya nos esperaban Arabela, Laura y Malvina, quienes como de ordinario nos formaron corro. La conversación fué todo lo religiosamente posible, por las palabras que se cruzaron á propósito de la comunión de Adelaida; pero ardentemente apasionada por el juego del amor que centellaba en nuestras enamoradas pupilas: era aquella la comunicación simpática del telégrafo del corazón. Así se expresaban elocuentemente nuestras almas; no era preciso que su voz modulase las frases que, en derecha y sin obstáculos, se transmitían de su espíritu á mi espíritu; y el tierno latido y la insesante llamada con que en el lenguaje del amor, se querellan secretamente los amantes, yo los recibía instantánea y claramente allá, muy hondo, en el dulcísimo retrete donde vivía su imagen, acariciada por la esperanza, aliento único que sostiene la existencia atormentada por las múltiples exigencias de la vida social. ¡Sencillez encantadora de los nuestros! ¡no habéis oído cómo y cuando nuestras almas se hablaban con pasión! . . .

Adelaida, en tanto que tomaba parte en la conversación general, jugaba entre sus manos con un pañuelo de seda rojo, el cual tenía anudado el extremo de uno de sus ángulos, y periódicamente notaba yo que aquel nudo era aspirado por sus purpúreos labios. Echó de ver esto, y me dijo con dulzura:

—Préstame tu pañuelo, tú también como yo debes estar enfermo.

Y se sonrió con infantil candor.

Le entregué mi pañuelo, y entonces deshizo el nudo que tenía el suyo; cortó con sus rosados dedos una parte de la substancia que éste contenía; la colocó en uno de los extremos de aquel; volvió á hacer el nudo de su pañuelo y forjó delicadamente el del mío, y como si se hubiese equivocado, distraídamente llevó este último á sus labios y lo perfumó divinamente con su aliento. Después me lo entregó diciendo:

—El alcanfor es un excelente preservativo. . . .

¡Adorables niñerías del amor! ¿Qué lenguaje humano sería bastante suave y suficientemente expresivo para relatar con fidelidad e-

sas nonadas adorables, hijas encantadoras de la más grande y de la más sublime de las pasiones humanas? ¿Cómo hablar en vil prosa de esas bellas futelezas que son el más poderoso incentivo del éxtasis en los arrebatos profundos que llevan al frenesí del amor, y que tienen el mágico influjo, cuando se les recuerda tiernamente, de hacer que el venturoso ayer renazca, como el fénix de sus cenizas, siempre adorable, sugestivo y ardiente? . . . . ¡Ah! al recordar aquel beso, cándido é inocente sobre el nudo de mi pañuelo. . . . .

. . . . .  
la flor azul del amor sencillo, que dulcemente abrió sus pétalos en mi corazón de niño, satura todavía con su embriagador aroma lo más profundo de mi ser: el santuario de mi alma! . . .

## XX.

Por la noche, hubo en mi casa una pequeña fiesta, para celebrar en familia el cumpleaños de Adelaida. Se invitó á los amigos íntimos, y la velada duró hasta cerca de las once.

Mis cuatro primas tenían una voz agradable y muy bien timbrada, y todas, aunque carecían de estudio y conocimientos musicales, cantaban sin embargo con mucho sentimiento y notable afinación. Arabela y Adelaida, tocaban además la guitarra; aquella, con cierta destreza y, hasta con arte, podría decirse; y Adelaida, rudimentaria, pero graciosamente. Todas ellas, pues, contribuyeron á la alegría del momento, é hicieron imperceptible el curso de las horas para nuestros amables invitados.

Adelaida estuvo, como nunca, contenta y muy agasajosa, desbordando su ventura en risas preñadas de regocijo ingénua, en miradas radiosas que iluminaban sus ojos con una dicha sin sombras; en emociones virginales y puras animadas de una esperanza absoluta, de una plenitud de bienestar admirable y conmovedora; en fin, en algo subyugador y feliz que por sí solo bastaba para destruir á su lado el cansancio mortal de la vida.

Yo, estuve transportado al empireo, pues si siempre que me hallaba en su presencia era día de fiesta en mi fantasía; viéndola dichosa, y yo en gran parte objeto de su dicha, experimenté lo que nunca hasta entonces había sentido, las efervecencias del cariño, estallando con violencia, ruidosas é irresistibles, en las regiones de mi alma.

Arabela, que siempre hablaba poco; pero que como tenía imaginación y cultura, lo poco que decía agradaba mucho, hizo esa vez, en obsequio de su hermana consentida, un verdadero derroche de ingenio y de buen humor. Como una luz alumbraba cuanto la rodea, así su corazón magnánimo proyectó las claridades de su bondad ingénita sobre los que la escuchábamos. Hizo á un lado sus naturales reservas; cantó varias veces, y con sus dedos de sílfide, nacarados como

los de la Aurora, tañó las cuerdas de la guitarra, arrancándoles cadencias y armonías impregnadas de dulce sentimentalismo y cautivadora melancolía; lamentos vibrantes con que se estremecían en su acompasado rasgueo, al capricho ingenioso de aquella mano seductora.

Adelaida y yo estuvimos sentados muy cerca de una ventana que daba al Oriente, y como esa noche había llenado la luna y brillaba en todo el poético encanto de su nivea redondez, sus plateados rayos caían sobre nuestras frentes y se diversificaban indiscriptiblemente en la refrangibilidad de las soñadoras pupilas de mi amada. Hubo un momento en que todos suplicamos á Adelaida que cantara; accedió sin mayores instancias; tomó de manos de Arabela la guitarra; dirigió al astro de la noche una intensísima mirada, y con la cadencia especial de su voz parlara entonó la siguiente copla, con tal ternura y con pasión tan viva, que mejor que canto, era suspiro del alma, confesión dulcísima de sus afectos y grito supremo de incomparable vehemencia:

“Mi corazón dice, dice,  
que se muere, que se muere;  
y yo le digo, le digo,  
que confiese, que confiese.”

—  
“Con los ojos yo te miro  
y con la boca te hablo  
y con los ojos te digo  
lo que no dicen mis labios.”

Espiró su voz entre el ruido de atronadores aplausos, y su pupila de fuego domeñó las vivacidades de mi júbilo con una insólita mirada en que había sentimiento, pudor, alegría, satisfacción, amor y dicha.

Yo también, lleno de reconocimiento, fijé mis ojos sobre aquellos que tan apasionadamente me acariciaban, y con un beso de luz, casto como el ensueño, pero candente como el delirio, le grité con toda la impetuosidad del alma: “¡Te amo, Adelaida de mi vida! ¡Te amo!!!

## XXI.

Autlán, cabecera del sexto Cantón del Estado de Jalisco, está situado en el fértil y extenso valle de su nombre; rodeado de hermosas colinas que parecen preservarlo de las tempestades y demás calamidades atmosféricas; ofrece á tres leguas á la redonda, fincas de

campo de bastante importancia, con sitios muy pintorescos y paisajes del mayor atractivo por su vegetación ubérrima y lujuriantes, rica en bosques formados, en las partes altas, de robles, encinos, pinavetes, capulines, cedros, granadillos, tampinceranes, tepehuajes, palos de rosa y de flor de San Juan, madroños y linaloes; en las barrancas, de mezquites, pitayos, huisilacates, huamúchiles, guásimas, ahuilotes, chirimoyos y otates; y en las partes bajas, de parotas, de papayos, limoneros, ahuacates, mangos, platanos, chicos-zapotes, naranjos, guayabos y huizaches. Las nubes, sólo en la estación pluvial, oscurecen su sereno cielo, y los recios vientos que del Sur y del Oeste invaden la población, no corren por aquellos contornos más que para templar los rigores de su clima cálido, y para purificarlos con el aroma de las yerbas odoríferas que tan abundantes son desde la sierra de Cacoma hasta la cordillera de Perote. Es un oasis, donde á las mañanas tibias y hermosas, se suceden las tardes luminosas y apacibles y las noches diáfanas, acariciadas por una brisa deliciosa como emanación higiénica de todos los gérmenes de la floresta.

En aquella época, era una ciudad de doce á catorce mil habitantes, dedicados en su mayoría á los trabajos de la agricultura; gentes pacíficas, sencillas y hospitalarias; con un solo anhelo: el trabajo, y una sola creencia: la fe de sus mayores.

Allí, pues, el reinamiento de la cultura intelectual, estaba reconcentrado en el Sr. Cura de la parroquia, hombre muy docto, de franco carácter y de grandes dotes oratorias; en dos ó tres abogados postulantes; en otros tantos médicos; en dos ingenieros y en los preceptores de las escuelas oficiales. Los aspirantes, jóvenes por lo regular de las familias acomodadas, tenían que emigrar á Guadalajara por un espacio de ocho á diez años, según la carrera que adoptasen. Y en esos días, pasaba de diez el número de mis condicípulos que se hallaban en las aulas de esta metrópoli.

—  
Mi abuela había sembrado en mi espíritu una semilla fecunda que ya empezaba á germinar. Desde que entré en el uso de la razón, ella me hizo concebir la idea de que yo debía estudiar y adquirir un título profesional, como medio seguro para conseguir la tranquilidad y el ambicionado bienestar de la vida. Con ideal tan generoso, yo amplí mis ilusiones de niño é inflamé la mente con las más halagadoras quimeras; y al experimentar el insentivo del amor, nació puro y vehemente el impulso de desear, de lanzar la imaginación hacia las obscuridades del porvenir; se despertó el anhelo del mañana feliz, ese gusto misterioso que jamás se satisface aunque tampoco se extingue nunca, por más que no pocas veces parezca tan próximo al aniquilamiento y á la muerte; soñé en la gloria. . . . . alcanzada noblemente para Adelaida, y llegué á figurarme que el estudio debía ser la moneda con que se compraría en el mundo el verdadero valer; más aún, creí que con semejante tesoro se adquiriría la independencia, el más raro de los bienes mundanales y la piedra fundamental de la dicha individual. . . . . ¡Pobre visionario! . . . . . Muy tarde he venido

á desengañarme que toda clase de valimientos, en la sociedad actual, sólo se obtienen por el oro, el rey del mundo, puesto que fué el último rey de los judíos; que la independencia, sin éste, es una quimera, y que la dicha reside. . . . desvalida, maltrecha, oscura y solitaria, allá, en el fondo de la conciencia! . . . .

## XXII.

Desde que cumplí los diecisiete años, pensé decididamente en salir de Autlán, venirme á Guadalajara y emprender mis estudios. Lo dije así á mi madre, de quien obtuve el consentimiento, y lo comuniqué confidencialmente á Adelaida, primero, y después á su familia. Todos estaban interiorizados de que ésto tenía que suceder; pero al escuchar Adelaida mi penosa confidencia, su fisonomía tomó la expresión de un dolor concentrado y profundo y el de una tristeza real y avasalladora. Y así como el crepúsculo cubre repentinamente de sombras un día sereno, así se extendió por todo aquel bello rostro una angustia suprema. Desde ese momento, las rosas de la alegría no florecieron más en sus mejillas, y sus ojos, aquellos ojos soñadores, talisman de mi ventura, velaron el fúlgido esplendor de sus auroras.

Al comenzarse los preparativos de mi viaje, resolvióse en familia que Adelaida y Arabela se trasladaran á mi casa, por todo el tiempo necesario, á fin de ayudar eficazmente á mi Madre. Esta determinación la acogimos ella y yo con sumo beneplácito y hasta con regocijo, pues el dolor iba á servir de estrecho lazo para unificar más nuestros corazones.

Los primeros días, no pudo Adelaida resignarse, y su fisonomía toda respiraba un desconsuelo intenso é invencible. La natural bondad de su carácter blando y sencillo, se quebrantó profundamente, y no había quien no se apenase al ver su aspecto dolorido y apasionado; aquel exceso de sufrimiento que se entreveía en su hermoso semblante, como la lava destructora en la cima de un volcán; aquel ardor violento que parecía ávido de consumir la vida, como si el aire y las fuerzas hubiesen de faltarle pronto; aquella expresión poética, pero desgarradora que comunicaba á todo su ser. ¡Ah! era una alma pura, hasta entonces feliz y dichosa, á quien faltaban de improviso la dicha y la felicidad.

Nos buscábamos á todas horas y con el más fútil pretexto procurábamos estar reunidos el mayor tiempo posible, gozando durante algunos minutos más de nuestra dulce intimidad.

—Puesto que vamos á separarnos—decía yo—tomemos tiempo y hagamos provisión de felicidad para soportar después las negras horas de la temible soledad y del abandono.

Estas frecuentes venturas, la reanimaban; y ¡qué alegría tan grande parecía ocasionarle mi presencia! ¡qué dulce bienestar se pin-

taba un instante en su rostro divino, y cuán expresivamente reconcentraban el reconocimiento sus oscuras pupilas en el vértigo de la mirada! . . . . Por breves momentos volvía la sonrisa á sus labios, y el sol de la dicha brillaba en su rostro; eran los instantes en que su juvenil espíritu sacudía la pesada carga de sus penas para descansar y tomar aliento.

## XXIII.

Pasados algunos días, Adelaida se dejó arrastrar por esa melancolía vaga, soñolienta, pero terrible, que sucede á la crisis del dolor. Primero, la lucha violenta, la desesperación y el desconsuelo, y después, la impotencia y la melancolía, que son su herencia inevitable. Encerró en el fondo de su alma el secreto de su aflicción y de sus angustias; sacó fuerzas de flaqueza, y sus ojos tan llenos de luz y de bondad, al detenerse en las cosas, apenas reflejaban sus colores y sus contornos y anegábanse en la vaguedad y el misterio, como si contemplasen algún insondable abismo. Su labio inconscientemente sonreía, algunas veces; pero sonreía con la sonrisa mediatunda de los ángeles. Se veía que había padecido mucho y profundamente, si bien parecía capaz de arrostrar mayores torturas.

Yo también sufría su encanto y su influencia desconsoladora, y experimentaba un martirio indecible, pues en el fondo de aquella existencia para mí tan amada, veía temblar un dolor insondable, mortal, como la congoja que irradiando en su húmeda pupila, me infundía pasmo y veneración sagrada. Tenía razón Victor Hugo: "la alegría es una mitad de la vida; la otra mitad, el dolor."

## XXIV.

En mi humilde casa, entonces como nunca entristecida, cifró Adelaida todo el mundo de sus aspiraciones; allí vivió, en esos días de remembranza eterna, con todos sus pensamientos y su infinita tristeza. Ya no salió á ninguna parte, ni á la iglesia, y se entregó por completo á los quehaceres que hacían más necesaria su atención hacendosa y ordenada; casi se alegró de verse aislada del mundo y sola, porque así, aquella alma cándida, saboreó mejor su pena y se sumergió más silenciosamente en sus desgarradores sufrimientos, pues mientras que su mano estaba en el trabajo, su espíritu se entregaba á la meditación sombría. ¡Cuántas veces la sorprendí en afanosa tarea, concentrando ciertamente toda su atención en un punto de costura que mesuraba su nerviosidad y la inquietante duración de las horas; pero que dejaba libres su imaginación y su pensamiento para lanzarse muy distantes de su labor, vagando tétricos y desconcertados por el mundo intangible de sus sueños! . . . . De esa suerte, mis menores movimientos tenían un bello é interesante testigo: á to-

das horas dos hermosos ojos me miraban atentos siempre y casi velados con verdaderas lágrimas. Perseguido por aquella mirada dolorida, tenaz como una conciencia pura, tuve un día un arranque de forzosa franqueza, y con toda la sinceridad de mi alma y la delicadeza de expresiones que me fué dable emplear, le dije:

—Tú padeces, virgen mía.

Al oír mis palabras, levantó la frente que tenía oculta entre sus manos, y haciendo un esfuerzo muy grande, salió puro y lastimero de su sensible corazón, este quejido desgarrador:

—¡Sí... padezco! Sufro mucho.... Tu ausencia me vá á acarrear la muerte!

Me miró con toda el alma, como queriendo envolverme en una honesta y suprema caricia; abat ó en seguida las franjas de sus sedosas pestañas, y dejando escapar un suspiro alado, de dulcísimas modulaciones, tan henchido de sueños y halagadoras ternezas, como de rítmica cadencia una nota divina de Beethoven, cerró los ojos que parecían hundirse en sus grandes órbitas, y se perdió, toda entera, sin duda en la noche de sus pesares sin medida.

Yo dejé pasar aquel arrebato de aflicción, últimos restos de una voluntad quebrantada por el dolor. Y como estas crisis la fatigaban y la sumían en un aniquilamiento completo, me acerqué á ella, y con infinita ternura, cogí sus aristocráticas manos, pálidas y convulsas, y atrayéndola tan de cerca que nuestros ojos cambiaban sus reflejos de pupila á pupila,—le dije:

—¡Ya lo sé, vida de mi vida! Tus sufrimientos tienen un eco seguro y fiel en mi corazón que te adora!.... Pero no te desesperes. Esta ausencia necesaria, tendrá un día su recompensa divina!.....

—En la gloria—me contestó, elevando su mirada radiante hacia los cielos.

Y su rostro expresó, por modo admirable, algo ultraterrestre; algo beatífico é inefable: el sentimiento de la bienaventuranza, que habría de recompensar en la gloria la pesadumbre de sus inenarrables sufrimientos de la tierra.

## XXV.

Quince días antes de mi partida, su familia, y principalmente Arabella, alarmadas con los estragos visibles que el dolor hacía en su naturaleza sensible, pusieron en juego un piadoso engaño para alejarnos mutuamente. Prepararon un paseo, por breves días, á una hacienda cercana, propiedad de uno de nuestros parientes más allegados, y á virtud de este pretexto quisieron evitar á Adelaida la renovación constante de sus torturas con la vista de los preparativos ordinarios de mi viaje, y ensayar, además en nuestros corazones, los efectos de la separación temida. Y para que ninguno de los dos pu-

diéramos oponernos, vinieron á enterarnos de todo hasta momentos antes de ponerse en marcha.

Serían las nueve de la noche cuando me encontré á Adelaida con los codos apoyados en la ventana de la sala: su postura, como en aquellos días de incomparable tristeza, tenía un sello de abrumadora melancolía; inmóvil, como insensible é inanimada; sumida en su dolor, impasible y ocultando con aquella inmovilidad la vehemencia de sus penas; la cabeza levantada y sostenida en la palma de la mano derecha; vestida de negro y resaltando la blancura de su garganta irreprochable; los largos y blondos cabellos, caían libremente sobre sus espaldas y hacían resaltar los contornos puros y delicados de su hermoso rostro; los ángulos de la boca levemente arqueados; sus ojos inundados de lágrimas, y sus miradas, aladas mensajeros que anunciaban siempre con elocuente lenguaje las felicidades contemplativas de su gran corazón, esta vez expresaban el dolor reciente, la ternura constante, el recogimiento y la admiración.

Con el mayor silencio me coloqué á su lado, y en la duración de un minuto—eternidad que el amor concede á los deliquios del corazón—mi alma llena de ternura y sentimiento se postró absorta ante aquella virgen atormentada por los presentimientos de una pena todavía desconocida.

Hay instantes en que es preciso saber inclinarse ante la fuerza del dolor que adquiere los rasgos de la debilidad, y ante la debilidad augusta del amor que es la más heroica de todas las fortalezas. Los grandes dolores tienen mucho de sagrados.

La contemplé con triste y suave fijeza, y admirándola como si ya nunca más hubiera de volver á deleitar mis ojos aquel delicioso perfil, la envolví toda entera en una caricia magnética é impalpable. Hablarle me pareció una profanación, y con toda la ternura de mi alma, seguí el trayecto de sus pupilas y ví que en aquel momento contemplaban absortas los diamantes policromos que esmaltaban con fosforescentes resplandores el fondo oscuro de la bóveda celeste. Se hubiera dicho que en alguno de ellos leía el horóscopo de su vida, previsto de manera simbólica en la nitidez de sus pensamientos. ¡Qué pena tan honda en aquel abrumador recogimiento!..... Era la poesía del dolor, la pesadumbre de la separación, el dejo amargo de la angustia, el reproche contra el destino que me arrebatava de su lado en las horas dulcísimas del ensueño y de las embriagueces del amor!.....

Me presintió ó se dió cuenta de que me hallaba á su lado, y se estremeció ligeramente. Por fin, sus ojos divinos, en los cuales continuaba el transparente velo de las lágrimas, se iluminaron además con las llamas de su pasión seductora, y fijos en los astros gemelos del cinto de Orión, como si inquiriese en ellos el destino misterioso de nuestros corazones, con voz acariciadora y gemebunda me dijo, atrayéndome dulcemente hasta rozar con mis labios sus crenchas ondulantes que exhalaban un perfume más suave que el del heno cortado